

10 Dunne y el serialismo

I
Hasta que terminé de examinar todas las cartas que se me enviaron por medio del programa *Monitor*, no tuve idea de la cantidad de personas que habían leído a Dunne. Sin los ejemplos de este, sin sus consejos sobre el inmediato registro de los sueños, sospecho que al menos un tercio de los mejores sueños precognoscitivos que me han sido enviados nunca habrían llegado a mis manos. Aunque no es difícil rechazar su teoría general del serialismo, Dunne sigue siendo, con mucho, la figura más importante en la campaña contra la idea convencional del Tiempo. Quienes estamos obsesionados por el Tiempo, tenemos con él enorme deuda; procuraré pagar aquí mi parte en ella.

Debido a que el problema del Tiempo en sí es tan ignorado, y a que, por lo general, se eluden los intentos para resolverlo, Dunne nunca llegó a ser una figura nacional. Durante la última guerra (cuando volvió a ocuparse del diseño aeronaval) y en la inmediata posguerra, su salud fue mala y su situación económica no siempre desahogada. Fue olvidado por todos, excepto por quienes seguíamos reflexionando sobre el Tiempo. Pero debemos considerarle como uno de los heroicos pioneros del mundo.

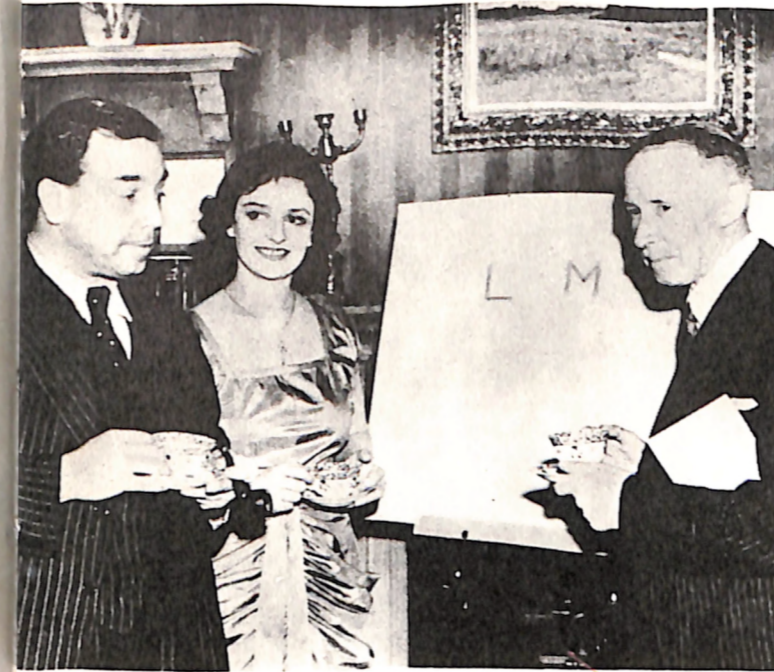
John William Dunne, hijo del general Sir John Hart Dunne, nació en 1875. Sirvió como oficial de infantería y también de caballería, en la guerra de los boers. En 1900 empezó sus experimentos aeronáuticos; en 1904 inventó el prototipo estable y sin cola que lleva su nombre; construyó y pilotó monoplanos y biplanos diseñados por él, y, finalmente, en 1906-7, diseñó y construyó el primer avión militar británico, probado secretamente por el Ministerio de la Guerra en 1907-8. Durante los primeros años de la primera guerra mundial, sirvió como instructor fusilero de una brigada. Su primer libro trataba de la pesca con moscas flotando en la superficie, una de sus pasiones. En 1927 publicó *An Experiment with Time* [*Experimento con el tiempo*], muchas veces reimpresso. Otros libros que dedicó al tema del Tiempo fueron, *The Serial Universe* [*El universo serial*] (1934), *The New Immortality* [*La nueva inmortalidad*] (1938), *Nothing Dies* [*Nada muere*] (1940) y una obra póstuma: *Intrusions?* [*¿Intrusiones?*]. Murió en 1949. Se casó con la hija mayor del decimotercero barón Saye

and Sele, y tuvo un hijo y una hija. Los clubs a que perteneció, según un viejo *Who's Who*, fueron el «United Service» y el «Flyfishers».

Menciono estos clubs, para contribuir a destruir cualquier posible imagen de Dunne como un excéntrico o maniático soñador. Es difícil imaginar a nadie menos parecido al «ocultista» profesional, al hombre que tiene conocimiento de la «secreta y antigua sabiduría», de «las ciencias ocultas» y de los cuerpos y vibraciones astrales. Como yo había sido uno de los primeros y más entusiastas críticos de *An Experiment with Time*, llegué a conocerle, aunque nunca íntimamente. Por iniciativa propia, Dunne explicó sus ideas a la compañía que representó mi comedia *Time and the Conways* [*El tiempo y los Conways*], compañía que siempre actuó bien, pero nunca mejor que cuando trató de comprender lo que él decía. Y no mucho antes de la guerra, pasé una noche en el antiguo castillo de Broughton, en ocasión en que él se hallaba allí con su cuñado; en ese fantástico escenario sostuvimos nuestra última y más larga conversación. Era hombre de constitución endeble, de cabeza grande. Pertenecía al sector militar de la antigua clase superior británica y poseía la manera de hablar de esta, intermitente y no muy articulada. Su aspecto y su conducta eran los de un antiguo oficial del ejército cruzado con un matemático e ingeniero. Y, repito, estaba tan lejos de sugerir al vidente, al sabio, al excéntrico y al maniático, como es posible imaginar.

Aunque repleto de ideas y lleno de entusiasmo, no era un expositor privilegiado, y, en el debate metafísico, no era adversario para los filósofos profesionales que discrepaban radicalmente de él. Sin embargo, aunque cometiese errores, y creo que los cometió, fueron errores honestos. Era hombre de integridad intelectual y tan valeroso pensador y escritor como valeroso hombre de acción.

Su mayor realización fue el descubrimiento de lo que llamó primero «el desplazamiento en el tiempo» en algunos sueños y su explicación de este desplazamiento, como veremos más adelante. Además de esto, quienes tenemos la inquietud de interrogar al Tiempo le debemos mucho por haber sacado el tema del seno de diversas clases de crepúsculos místicos y medias luces mágicas, para exponerlo a la luz de la



Dunne (derecha), con la actriz Jean Forbes Robertson y J. B. Priestley, fotografía tomada en Londres, en 1937, cuando Dunne se reunió con los intérpretes de *Time and the Conways* para explicar sus teorías.

vida corriente. El Tiempo no exhibe sus trucos solamente a santos, místicos, bienaventurados contemplativos, brujos y hechiceros o centenarios abades tibetanos. Sea lo que fuere lo que Dunne haya probado o dejado de probar, demostró que, para escapar de la esclavitud del tiempo cronológico, no tenemos que vivir de manera sumamente especial y difícil, ni abandonar todos los fines familiares, ni ayunar o meditar en el yermo.

Trasladarse de un género de tiempo a otro no implica ejercicio místico alguno o prodigio de magia. Puede que no hiciésemos eso a voluntad, pero lo *hacíamos*, probablemente varias noches por semana. Así razonaba Dunne, después de examinar cuidadosamente su propia experiencia, y creo que razonar esto con éxito, como él hizo, constituyó en sí mismo un logro importante. Cambió de manera dramática el clima y la atmósfera de la especulación en torno al Tiempo, sacándolo de los estudios y las salas de conferencias de los filósofos, por un lado, y, por otro, de los cerrados sótanos de los pseudomísticos, magos teosóficos y charlatanes.

Puede decirse de que desafió a la idea con-

vencional y positivista sobre el Tiempo en su propio terreno. No arrancó de ningún prejuicio religioso arraigado. No abrigaba ningún secreto amor—al contrario que muchos de nosotros—por lo milagroso. No había recibido ninguna revelación mística. No era un carácter sentimentalmente poético, ultrajado por el mundo contemporáneo. Era hombre de mucha trastienda, dado a la ingeniería militar y cuya distracción preferida no era la especulación fantástica, ni los malabarismos con las ideas, sino la pesca con mosca seca. Era, como sin duda dirían en el «United Service Club», un «sujeto sólido», aunque tontease con aeroplanos en 1906, cuando sujetos más sólidos sabían que tales cosas jamás tendrían verdadero valor.

Pero algo le ocurrió que no pudo explicar—este «desplazamiento del tiempo»—, y lo mismo que machacara insistentemente sobre sus problemas aeronáuticos hasta resolverlos, así machacó entonces sobre esta cuestión del Tiempo. Su teoría final acaso le llevó demasiado lejos, pero no puede negarse que abordó el problema con tenaz espíritu realista y más científico que el de esos hombres de ciencia que, sospechando la existencia del problema, optaban por ignorarlo. Casi todos ellos también optaron por ignorar a Dunne. Al igual que otros muchos pensadores originales anteriores a él, Dunne era una molestia.

No cabe poner en duda su originalidad, su enfoque enteramente nuevo, ni la audacia y alcance de sus conclusiones. Abrió un camino, y, a pesar de mis reservas, creo que el suyo es el camino justo, porque rechaza la idea, casi un dogma ahora, de que nuestras vidas están contenidas en el tiempo cronológico y unidimensional, sin convertirse en ultramundanas.

Cuando, por ejemplo, leemos un libro como *Time and Eternity* [*El tiempo y la eternidad*], del profesor W. T. Stace, de Princeton, encontramos esto: «El místico vive en dos órdenes, el de la eternidad y el del tiempo. Pasa de uno a otro. Esto es igualmente cierto respecto a otros hombres, en la medida en que está desarrollada en él la consciencia mística. Pero esta existencia dual da origen a la confusión entre ambos órdenes.» Ahora bien: no es una denuncia de este libro ni del profesor Stace, admirable erudito filosófico, si sugiero que necesitamos ser rescatados de estas extremas alternativas: un tiempo demasiado estrechamente confinante y una eternidad demasiado vasta y vaga. No creo